

Walther L. Bernecker*

⇒ España y Alemania en dos momentos decisivos de sus historias: la transición española y la reunificación alemana

El ensayo que sigue analiza las relaciones entre Alemania y España en dos momentos clave de sus respectivas historias recientes. Por un lado, pregunta –en el marco más general del análisis de la dimensión exterior de la transición española– por la importancia e influencia que tuvo Alemania en determinados partidos y personas, cruciales para el proceso de democratización en España después de la muerte (1975) del general Franco. Por otro lado analiza la postura de España frente al proceso de reunificación en Alemania, un proceso que dio comienzo con la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989 y culminó formalmente a principios de octubre de 1990. Indudablemente, para las historias de Alemania y España, tanto la reunificación como la transición democrática fueron, respectivamente, procesos de máxima importancia.

Alemania y la transición española

La presencia de fundaciones y partidos extranjeros y de organizaciones internacionales en el proceso de la transición española contribuyó indudablemente a proteger y fortalecer a la oposición democrática, tanto en los últimos años del franquismo como en los primeros de la transición. En algunos casos, dicho apoyo jugaría un papel determinante. En lo que sigue, el análisis se limitará al estudio, en el caso alemán, del partido SPD y de la Internacional Socialista, básicamente por dos motivos: en primer lugar, la postura de la socialdemocracia internacional es la mejor investigada hasta el momento; y en segundo, fue la más exitosa en su influencia sobre el proceso español, mientras que organizaciones de otras tendencias ideológicas, como por ejemplo la Democracia Cristiana, fracasaron en su intento de construir un fuerte partido español de esta tendencia, no pudiendo suplir las carencias propias de los partidos nacionales.¹

* *Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Erlangen-Nürnberg. Áreas de trabajo: historia de España y América Latina, siglos xx y xx. Últimas publicaciones (entre otras): Alemania y México en el siglo xix (2005); Spanien-Handbuch. Geschichte und Gegenwart (2006); Kampf der Erinnerungen. Der Spanische Bürgerkrieg in Politik und Gesellschaft, 1936-2006 (junto con Sören Brinkmann 2006). Correo electrónico: bernecker@wiso.uni-erlangen.de.*

¹ Sobre las fundaciones políticas alemanas y sus políticas de fomento democrático en países de transición, *cf.* Pinto-Duschinsky (1991: 33-63). Sobre la Fundación Konrad Adenauer y sus contactos con partidos españoles, *cf.* Baczyk (1989: 87 s.).

Los pocos autores que se ocupan del papel de Alemania en la transición española concuerdan en que la República Federal de Alemania (RFA) fue un actor clave que desarrolló la acción más amplia en el tiempo, diversificada en cuanto a los actores que intervinieron y recibieron su apoyo, y condicionante por los resultados alcanzados (Pereira Castañares 2004: 185-224). Entre los actores no gubernamentales, merece destacarse el papel de la Internacional Socialista ya que fue el actor que intervino de una forma más directa y con mejores resultados en el proceso de transición siendo de especial interés que el presidente de dicha Internacional en los años que se discuten en este contexto, fue el ex-canciller alemán Willy Brandt cuyo partido, la SPD, seguía en el gobierno en Bonn (Ortuño 2001).

El análisis de la postura alemana en la transición española no necesita justificación metodológica ya que la influencia alemana en la democratización del régimen franquista fue “la más importante de las potencias europeas” (Pereira Castañares 2004: 213). Helmut Schmidt (1991), el canciller federal alemán de aquellos años, relata en sus memorias que la RFA apoyó a los partidos y sindicatos en España para lograr rápidamente la democracia, fomentando ante todo la creación de un partido socialista de amplia base capaz de frenar a los comunistas. Durante mucho tiempo, los socialdemócratas alemanes temieron –influenciados por el desarrollo político que había tomado la Revolución de los Claveles en el vecino Portugal, con un predominio comunista– un papel hegemónico del Partido Comunista de España (PCE) tras la muerte de Franco.

Uno de los factores que contribuyeron al éxito de la transición española fue la influencia positiva ejercida desde el exterior en el proceso reformador de la dictadura a la democracia. En la mayoría de los casos no es posible conocer exactamente cómo influyeron los agentes exteriores en decisiones concretas de aquellos años; pero sí es posible saber cómo sirvieron al fortalecimiento de los partidos. Concretamente, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) se vio beneficiado por apoyos externos, lo que le ayudó a perfilarse como un actor fundamental de la transición.

En la fase final de la dictadura, el gobierno alemán (una coalición entre socialdemócratas y liberales) mantenía excelentes contactos con el español, aprovechándolos para promocionar al PSOE y presentarlo como un elemento valioso para una transición pacífica y sin sobresaltos. En la cumbre de la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa de Helsinki, en julio de 1975 –es decir, en la última fase del franquismo–, el canciller Helmut Schmidt tuvo una entrevista con el presidente de Gobierno español, Carlos Arias Navarro, en la que éste dejó entrever que el régimen franquista estaba en el camino de poder vivir con una oposición oficial, ante todo con los socialistas moderados del interior; según Arias, el único partido que estaba fuera de la ley eran los comunistas.²

Desde principios de los años setenta, el gobierno alemán había intervenido sistemáticamente en apoyo de los dirigentes de la oposición democrática española. La presión ejercida de esta manera sobre el régimen franquista dificultó la represión contra los grupos opositores aumentando la tolerancia frente a éstos. En 1970, por ejemplo, Walter Scheel, entonces ministro de Asuntos Exteriores, exigió poder recibir a los dirigen-

² Muñoz Sánchez (1997: 116). Cfr. también el resumen de la conversación entre Schmidt, Arias Navarro y el ministro español de Exteriores el 30 de julio de 1975 en: *Akten zur Auswärtigen Politik der Bundesrepublik Deutschland 1975*, t. 2 (München 2006), pp. 1136-1141 (doc. 242).

tes de la oposición moderada durante su visita oficial a Madrid (Powell 1993: 37-64, ante todo 46).

Willy Brandt, que en octubre de 1974 había visitado por primera vez el Portugal de la Revolución de los Claveles, resultó convencido de que la política alemana debía comprometerse con la moderación del proceso revolucionario en el país luso y, más allá, de que la democratización del sur de Europa era una labor común que se debía encauzar preferentemente mediante el apoyo intenso a los socialistas (Muñoz Sánchez 1997: 105). En ese viaje, Brandt se encontró por primera vez con Felipe González, quien hacía pocos meses había sido elegido, en el Congreso de Suresnes, secretario general del PSOE; este encuentro sentaría las bases para una sólida y fructífera relación entre los dos políticos y sus respectivos partidos.

Pocos meses más tarde, en abril de 1975, una delegación española formada por Felipe González y Nicolás Redondo, se encontró con la dirección de la SPD, a la que pidieron apoyo de todo tipo: “desde contactos para lograr un acercamiento al resto de los partidos socialistas europeos, hasta ayuda material, formación de cuadros, presencia de políticos alemanes en España, y en general toda colaboración que hiciera más efectiva la política de presencia en el país para ganar en importancia frente al Gobierno y entre las fuerzas de la oposición” (Muñoz Sánchez 1997: 108). Desde este encuentro, quedaron establecidas sólidas bases de una relación que se intensificaría gradualmente a partir de entonces, siendo la SPD el gran valedor del PSOE.

Las relaciones entre Felipe González y Willy Brandt llegaron a ser tan intensas que al líder socialista se le apodó “el hijo de Willy”, lo que en 1981 relativizó el secretario general del PSOE diciendo que sus relaciones con Olof Palme o Bruno Kreisky eran igual de intensas (González 1982: 89). Por otro lado, siendo ya presidente de Gobierno, dijo en un congreso de la SPD en Essen en 1984: “También sé una cosa: que hoy no estaría aquí y que en este duro trabajo no habríamos logrado tanto si no hubiera podido contar con Willy Brandt. Incluso quisiera decir: se debe mayoritariamente a sus ideas que yo hoy pueda estar aquí” (cita *apud* Baczyk 1989: 63 s.). Al respecto escribe Charles Powell: “No parece muy aventurado afirmar que la evolución ideológica y estratégica del propio González se produjo a ritmo distinto que la de otros dirigentes y militantes socialistas debido a su mayor contacto con el exterior” (1993: 60).

A lo largo de 1974, en los círculos políticos de la RFA se había extendido la convicción de que era necesario mantener buenas relaciones con la oposición española y que había que mantener buenas relaciones con quienes en un futuro próximo podían detentar el poder en España. Así se le comunicó al presidente Ford en la sesión de la OTAN en Bruselas en abril de 1975. El interés alemán iba dirigido a una evolución política controlada desde el poder, pacífica y sin ningún tipo de radicalismo, y este interés concordaba con la estrategia política del PSOE, que se mostraba muy pragmático apostando por una evolución pacífica liderada por el futuro rey (Powell 1993: 41).

En junio de 1975 se creó, con el PSOE como elemento más importante, la Plataforma Democrática; al mismo tiempo iba perdiendo fuerza la Junta Democrática, que se había creado un año antes en torno al Partido Comunista. Felipe González logró imponer una posición estratégica para su partido y la Plataforma Democrática: moderantismo ideológico, posibilismo de cara a una transición dirigida desde el poder y aislamiento de los comunistas, incluso compartiendo muchas posturas con el PCE. Esta posición socialista recibiría el pleno apoyo de la SPD y de los demás partidos socialdemócratas europeos, y

de esta manera el PSOE se hizo a lo largo de 1975 elemento imprescindible de la política española en un momento trascendental de la historia del país.

A lo largo de ese año, el PSOE desarrolló una clara visión del proceso de transición que habría de tener lugar después de la muerte de Franco: control de todo el proceso desde el gobierno, debilitación de los comunistas (PCE) y fortalecimiento de las fuerzas de la izquierda moderada (PSOE). Los socialdemócratas alemanes hicieron suyo este análisis, dirigiendo una rápida e intensa operación de promoción del PSOE tanto frente al gobierno español como a nivel europeo; en pocos meses, ya antes de la muerte de Franco, el PSOE logró alzarse, con ayuda de esta ayuda exterior, como un actor fundamental en la transición que se esperaba. Y después de la muerte del dictador, el PSOE lograría ser –con el respaldo de los partidos socialdemócratas europeos– el factor esencial para el apoyo europeo a la apertura del sistema político español. El respaldo del proceso de transición por importantes gobiernos europeos, principalmente el alemán, pasó por lo tanto por la interpretación que el PSOE estaba haciendo del desarrollo en España.

La Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) sería la primera fundación alemana que instaló en 1976 una oficina en España, dirigida por Dieter Koniecki. La fundación socialdemócrata apoyaría sin reservas a Felipe González, secretario general del PSOE, distanciándose de Enrique Tierno Galván y su Partido Socialista Popular (PSP). La FES había apoyado durante años –la persona responsable para España en la Fundación era Elke Esthers– al PSP de Enrique Tierno Galván, incluso hasta después de la muerte de Franco. Este apoyo había llevado a cierto distanciamiento entre la FES y la ejecutiva del PSOE renovado (Baczyk 1989: 62).

Indudablemente, fue de enorme importancia para el proceso de unificación del socialismo español bajo las siglas del PSOE el hecho de que fuera el partido de González el que recibió la legitimidad política por parte de la Internacional Socialista. Además, el PSOE pudo adoptar, de esta manera, una postura independiente frente a los comunistas, que en la fase de la transición (antes de las elecciones de 1977) eran tenidos por el primer partido de la oposición antifranquista. Y el apoyo que recibió la UGT del exterior contribuyó a que el sindicato socialista pudiera resistir las aspiraciones hegemónicas de Comisiones Obreras (Powell 1993: 56).

Con dinero aportado por la FES empezaron a funcionar las fundaciones socialistas españolas, la Pablo Iglesias y la Largo Caballero.

Es importante resaltar el hecho de que, ya desde 1976, el dinero aportado para la reconstrucción del PSOE no llegó únicamente de las aportaciones del Estado alemán a la Fundación, sino que muchas empresas alemanas realizaron donaciones a la FES para que fuesen expresamente canalizadas al PSOE. El director de la Fundación destaca el hecho que estas donaciones se producían porque las empresas en cuestión confiaban en la moderación del partido que la Fundación apoyaba (Muñoz Sánchez 1997: 131).

Sobre la cantidad gastada por la FES en la España de la transición, las cifras oscilan entre 2,7 millones de marcos entre 1976 y 1980, según Dieter Koniecki, y 20 millones de dólares, siguiendo las estimaciones de Eusebio Mujal-León.³

³ Cfr. Powell (1993: 37-64, ante todo 59). El apoyo financiero, dado por Alemania a grupos españoles, también formó parte del “escándalo Flick” que salió a la luz a mediados de los años ochenta; probable-

De gran importancia llegarían a ser los “Foros Sociales”, iniciados por Dieter Koniecki. En los diez años que siguieron a 1978 tendrían lugar unos 40 de estos foros en los que se debatía de modo informal sobre cuestiones de derecho laboral y de huelga, sobre los derechos de los sindicatos en las empresas, etc., convirtiéndose en una de las instituciones más importantes para trabajadores y empresarios (Baczyk 1989: 74). El buró de la FES también participó en el debate constitucional del año 1978, organizó junto con la Iglesia Católica seminarios sobre Lutero y la Reforma, y estuvo presente en múltiples debates sociopolíticos de la época.

Desde el comienzo de sus actividades en 1976 hasta 1984, la FES organizó en España más de 1.500 encuentros (cursos, seminarios, coloquios) sobre temas de organización para partidos y sindicatos.⁴ El director de la FES en Madrid, Dieter Koniecki, trató de evitar desde un principio la sensación de una tutela paternalista, si bien, por otro lado, en la prensa de la transición se hablaba continuamente del “Oro del Rin”, refiriéndose a la masiva ayuda financiera del PSOE proveniente de Alemania.

No fue solamente el PSOE el que recibiría amplios apoyos financieros durante aquellos años, sino también el sindicato socialista UGT. Éste recibiría, entre 1976 y 1977, unos 400 millones de pesetas, procedentes del Deutscher Gewerkschaftsbund (DGB) y de otros sindicatos alemanes y europeos (Muñoz Sánchez 1997: 132-138). La ayuda de la FES al socialismo español estaba orientada, en primer lugar, a contener el avance del PCE; el apoyo logístico y financiero se otorgó porque se interpretaba como una garantía para lograr este fin. No cabe duda de que el apoyo financiero prestado por la FES fue de gran importancia para el socialismo español, si bien no se puede ni cuantificar exactamente ni identificar en última instancia todas las fuentes (Pinto-Duschinsky 1991: 55).

Indudablemente, el XXVII Congreso del PSOE, todavía semilegal, en diciembre de 1976 fue un momento clave en la presentación pública del PSOE en España.⁵ La figura más destacada entre los invitados fue Willy Brandt, recientemente nombrado presidente de la Internacional Socialista, quien insistía en su discurso (preparado por Dieter Koniecki) que había que dar prioridad a la conquista de la libertad sobre la unidad de la oposición. La fuerza de los comunistas, ante todo en el movimiento sindical de Comisiones Obreras, seguía intranquilizando a los alemanes. Después de las primeras elecciones democráticas de junio de 1977, en las que el PSOE tuvo un excelente resultado del 29,3% (el PCE, sólo el 9,4 %), los alemanes quisieron ante todo fomentar la institucionalización del PSOE y convertirlo en un partido de masas.

A lo largo de 1975, el PSOE había conseguido ser el referente principal del gobierno alemán en sus contactos con el español. El ministro alemán de Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, se entrevistó en enero de 1976 con su homólogo español José María de Areilza, máxima figura del sector aperturista del gabinete de Carlos Arias Navarro. En éste y en otros encuentros, el gobierno alemán resaltó la necesidad de reformar el sistema político español, exigiendo mayor libertad de acción para los partidos políticos (Muñoz Sánchez 1997: 145) y reivindicando para el PSOE un lugar preferente en el proceso de tran-

mente, parte del dinero donado sirvió para evitar impuestos en Alemania. Cfr. Pinto-Duschinsky (1991: 46). Sobre el “escándalo Flick” cfr. también Baczyk (1989: 78).

⁴ Cfr. “Durch die Seitentür”, en: *Der Spiegel* 27 (1984), p. 39.

⁵ Sobre el congreso, cfr. Gillespie (1991).

sición. Siguiendo los consejos del PSOE, el gobierno alemán no hizo, en 1976, ningún gesto de apoyo explícito a Arias Navarro.

En octubre de 1977, con motivo de una reunión de la Internacional Socialista en Madrid, Willy Brandt se entrevistó conjuntamente con el rey y el presidente de Gobierno, Adolfo Suárez. Los interlocutores expresaron su deseo de que el PSOE pudiera convertirse en un partido de la izquierda moderada que llevara a los comunistas a un papel marginal en la política española.

Esta entrevista marcaba el final de esta primera fase de transición en la que el SPD y su Gobierno se interesó vivamente por tratar de colaborar en favor de un proceso moderado y beneficioso para el PSOE, y en el que utilizó de manera ajustada sus poderosos resortes y su ascendente sobre los gobiernos que sucedieron, presentándose como un fiel aliado en Europa.⁶

Resumiendo, pues, se puede decir que el papel jugado por el gobierno socialdemócrata-liberal alemán y la Internacional Socialista en la transición española fue de gran importancia para el advenimiento de la democracia en general y para el ascenso del PSOE y de la UGT en particular.⁷ Los socialistas españoles no olvidarían este apoyo de sus homólogos alemanes.

Poco después de finalizada exitosamente la transición, Alemania volvería a tener la oportunidad, en la primera mitad de los años ochenta, de apoyar a Madrid en otro cometido importante de la política española: el ingreso de España en la Comunidad Europea. Analizar este apoyo, ya no es tema del presente ensayo, pero el apoyo de Alemania –concretamente del Canciller Helmut Kohl a partir de 1982– a la integración de España en la Comunidad Europea fue un elemento clave. En el Consejo Europeo de Stuttgart, de junio de 1983, quedó vinculada la ampliación comunitaria y su reforma interna al incremento de los recursos comunitarios, fundamentalmente alemanes (Morán 1990: 164-166). La ayuda alemana fue vital para el ingreso de España en la Comunidad Europea, “a cambio de contrapartidas económicas y apoyo español a la política alemana en Europa” (Pereira Castañares 2004: 216). Pocos años más tarde, en 1989.1990, España estaría en condiciones de mostrar su apoyo a Alemania, cuando cayó el muro de Berlín y se presentó la situación histórica de una posible reunificación alemana.

España y la unificación alemana

En noviembre de 1989, el entonces ministro español de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, declaraba: “La reunificación de Alemania no está en el orden del día, y esto no lo digo sólo yo, sino uno de los principales interesados, mi colega alemán, Hans Dietrich Genscher”.⁸ Pronósticos erróneos de este tipo abundaban en aquellos momentos, en España y en otros países. Pero al mismo tiempo, los españoles no dejaron

⁶ Muñoz Sánchez (1997: 151). *Cf.* también, como resumen, Muñoz Sánchez (1999: 55-67).

⁷ Desde una perspectiva marxista, Ellen Harnisch interpreta la política de la SPD frente a España y el PSOE como intento de estabilizar un parlamentarismo burgués, debilitando en todo lo posible la posición comunista y apoyando la “burguesía monopolista”. *Cf.* Harnisch (1984: 110-115).

⁸ *El País*, 16-XI-1989, p. 4.

lugar a dudas que no se opondrían a un proceso de unificación “a largo plazo”, si los alemanes lo deseaban así.

La cuestión alemana había tocado siempre en carne viva la sensibilidad de sus vecinos europeos, del Este y del Oeste. Para España había sido un asunto vivido en todo caso tangencialmente, en determinadas ocasiones: las más peligrosas durante la Guerra Civil y los años de la Guerra Mundial. Apenas hechos los primeros pasos en la Comunidad Europea y en la OTAN –tras el derrumbe del comunismo– se veía obligada a recomponer sus previsiones políticas, económicas y estratégicas con vistas a objetivos mucho más amplios. Es en este contexto en el que hay que entender la repercusión en España de la unidad alemana. La antigua República Federal de Alemania ya había sido para España el socio y el aliado europeo de más peso en las organizaciones comunitarias y atlantistas. Ahora, el peso alemán iba a aumentar mucho más, es decir la asimetría consociativa sería más patente.⁹

Al analizar la postura del gobierno español frente a la unificación alemana, primero conviene resaltar que existe diversidad de opiniones en lo que se refiere a la importancia de las relaciones que mantenía el gobierno español con Alemania. En opinión de Eduardo Foncillas, el que fue embajador de España en Bonn en la fase crucial de la unificación, estas relaciones eran, para Madrid, de importancia secundaria.¹⁰ Mucho más importantes eran las relaciones con Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Lo que se ha llamado “la cuestión alemana” era en España un problema más bien desconocido. En cierta manera, Alemania estaba marginada de los intereses políticos españoles, si bien había aumentado en importancia en la jerarquía política española debido al apoyo brindado por Alemania a la entrada de España en el Mercado Común y a las excelentes relaciones de Felipe González no sólo con los socialdemócratas alemanes, sino también con el gobierno conservador de Bonn.

En los ocho años, en los que Eduardo Foncillas fue embajador de España en Bonn, tuvo poquísimas visitas de ministros españoles, mientras que éstos viajaban continuamente a París o a Roma. Y en la fase “caliente” de la unificación alemana, Foncillas jamás fue llamado por el ministro español de Asuntos Exteriores para informar a Madrid de primera mano sobre lo que estaba sucediendo en Alemania. No hubo ni una única sesión entre los responsables de la política exterior española, dedicada exclusivamente al tema alemán.

Al contrario de Foncillas, el que fue secretario general de Política Exterior durante el proceso de unificación, Fernando Perpiñá Robert, insistía en que la unificación alemana fue, para la política exterior española, un tema de “importancia prioritaria” que dio lugar a debates en el Ministerio. Si bien también Perpiñá era de la opinión que fue Moncloa la que dio la pauta en todo el asunto, resaltó que no hubo ningún tipo de falta de sintonía con el Palacio de Santa Cruz.¹¹

Los dos políticos entrevistados eran de la opinión de que, en todo caso, la postura de España frente a la unificación alemana era más libre que la de otros países europeos debido a que España no tenía ningún contencioso histórico con Alemania y que no participaba en las negociaciones “dos más cuatro”. Por lo tanto, en España regía –según

⁹ *La Vanguardia*, 1- VI- 1990, p. 23.

¹⁰ Entrevista del 30-IX-1991.

¹¹ Entrevista del 19-V-1992.

expresión de Fernando Perpiñá Robert– una “sensibilidad distinta” frente al problema alemán. En los últimos años, España había intensificado sus relaciones con Alemania. El primer viaje al extranjero del ministro de Asuntos Exteriores de la transición, José María de Areilza, había sido a Bonn (Areilza 1977); y el primer viaje que hizo Felipe González como jefe de Gobierno a un país europeo fue a Alemania.

Debido a razones geográficas y ante todo históricas, se puede decir que en términos generales España no veía con la misma prevención que los Estados centroeuropeos la rapidez del proceso de unificación; el gobierno de Madrid se preocupaba casi exclusivamente de sus repercusiones sobre la buena marcha de la Comunidad Europea. De ahí que la relación de Kohl con González fuera mucho menos suspicaz que la que el canciller alemán mantenía con otros jefes de Gobierno europeos. González incluso afirmó, en una conferencia de prensa: “No tenemos nada que perder y sí que ganar [con la unidad alemana] siempre que nuestra respuesta sea profundizar la construcción europea”.¹² Felipe González había sido el primer Jefe de Gobierno que felicitó a Kohl tras la apertura del muro de Berlín. En la fase de la unificación alemana, las relaciones entre Kohl y González eran caracterizadas por la prensa como “idilio” y “luna de miel”.

A principios de 1990, el Gobierno español temía que la unificación de Alemania se adelantaría al fortalecimiento de la construcción europea que deseaba acelerar, anticipando incluso la celebración de la proyectada conferencia intergubernamental sobre la unión económica y monetaria.¹³ Pero cuando el canciller alemán confirmó su apego a la Unión Monetaria y a la fase que culminaría la construcción comunitaria, el presidente del gobierno español prestó su apoyo incondicional a la formación de una sola Alemania. En marzo de 1990, Felipe González se expresó en términos más entusiastas que sus homólogos europeos sobre la futura unidad alemana. Básicamente, en la cumbre germano-española de marzo de 1990, Felipe González hizo suyas las posturas del gobierno alemán: Las modalidades del proceso de unificación, decía, debían decidirlas y articularlas los alemanes. Evidentemente, González estaba convencido de que la mejor manera de impedir que la nueva Alemania emergente se descolgara de la construcción europea era mostrarle su confianza y pedirle a la vez que confirme y profundice los compromisos que había contraído con la Comunidad. González no sólo habló de los tres pilares “clásicos” sobre los que debía asentarse la construcción de Europa –mercado único, unión monetaria y unión política–, sino de un cuarto: la unificación alemana.¹⁴

El interés español en la unificación alemana era, primordialmente, económico. Al contemplar las cifras y las perspectivas, se entiende este énfasis, ya que la República Federal había sido, desde hace años, un importante *partner* comercial de España. En 1989, el 16% de todas las importaciones españolas provenía de la República Federal, país que ocupaba el primer rango en la lista de los países de los que España importaba, delante de Francia, Italia y los Estados Unidos. Como país receptor de mercancías españolas, la RFA ocupaba el segundo lugar, detrás de Francia, y delante de Gran Bretaña e Italia; un 12% de las exportaciones españolas iba a la RFA.¹⁵

¹² *El País*, 3-III-1990, p. 7.

¹³ *El País*, 28-II-1990, p. 19. *Cfr.* Herrero de Miñón (1990: 29-46).

¹⁴ *El País*, 22-III-1990, p. 3.

¹⁵ *Anuario El País* 1990, p. 360.

También en cuanto a inversiones, la República Federal era un país importante para España. En 1990, el 6,7% de las inversiones directas en España era de origen alemán. En cuanto a inversiones directas, Alemania ocupaba el cuarto lugar, detrás de Francia, los Países Bajos y Gran Bretaña. Sobre este trasfondo económico y financiero, es comprensible que España temiera que a raíz de la unificación el interés de los alemanes se desplazara hacia el Este. Muy al comienzo del proceso de unificación, en diciembre de 1989, primaba claramente el escepticismo en cuanto a las perspectivas económicas.¹⁶

También el último embajador español en la RDA, Alonso Álvarez de Toledo, estaba convencido de que la nueva Alemania iba a orientarse más hacia el Este. En febrero de 1990, anotó en su diario:

Cada vez veo más evidente que no se puede pretender que Alemania, después de la reunificación, siga la misma política de la RFA durante los últimos cuarenta años. Limitando al Este con las alambradas del pacto de Varsovia, fue lógico que la RFA estuviera anclada en Occidente con todas las amarras a estribor: CEE y OTAN principalmente. Sin embargo, como la nueva Alemania limitará con el vacío político de Europa oriental y con un mercado repleto de posibilidades, sus enfoques deberán ser distintos (Álvarez de Toledo 1990: 169).

Aparte del comercio y las inversiones directas, había otro sector económico de crucial importancia para España: los fondos comunitarios. Alemania sabía muy bien que el futuro destino de los fondos comunitarios para el desarrollo y las aportaciones alemanas a la Comunidad Europea eran temas altamente sensibles. Por eso, el gobierno de Bonn envió al socialdemócrata Hans-Jürgen Wischnewski, vicepresidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento Federal, a Madrid para eliminar reticencias a la unificación alemana. El parlamentario tranquilizó a sus interlocutores españoles:

Hemos dejado claro a los colegas españoles que nosotros no estamos dispuestos a permitir una reducción de los fondos regionales de la CE [...] no queremos de ninguna manera que la unificación alemana afecte a nuestros amigos de la Europa mediterránea.¹⁷

Los temores económicos españoles eran infundados y no se vieron confirmados. Muy al contrario: el sector turístico, por ejemplo, sacó gran provecho de la unificación alemana. En una situación crítica para el sector hotelero español, caía el muro de Berlín, se hicieron fácilmente accesibles los países del Este europeo y tuvo lugar la unificación alemana. El primer temor español, es decir que gran parte de los turistas irían a las nuevas destinaciones en el Este, en detrimento de España, no se confirmó. En los años 1985-1989, los alemanes habían representado el 13,7% del total de los turistas; en 1990, este porcentaje subió al 14,1%, y en 1991 hasta llegó a representar el 16,7%.¹⁸

En el sector político primaba la pregunta: ¿la unificación alemana, ayudará a la unificación europea o la entorpecerá? La cuestión de si se estaba marchando hacia una Alemania europea o una Europa alemana seguiría ocupando a los comentaristas.

¹⁶ *Cambio 16*, 4-XII-1989, p. 65.

¹⁷ *El País*, 23-III-1990, p. 4.

¹⁸ *La Vanguardia*, 4-VIII-1990, p. 14.

El proceso de unificación fue interpretado, frecuentemente, como una mera *anexión*. Ya antes de celebrarse las primeras elecciones libres en la RDA, en marzo de 1990, *El País* publicó, desde una perspectiva psicoanalítica, una interpretación de la manera como se estaba realizando la unificación alemana. Según esta versión, la RFA, con sus ofertas destellantes y sus premios económicos, a disposición de los emigrantes alemanes, intentaba el desmoronamiento económico, político y social de la RDA para poderla incorporar sin oposición ni resistencia; de este modo sería extinguida. De hecho, los gestos de generosidad de la sociedad de bienestar en favor de los hermanos pobres recubrían los deseos propios de anexión. En la RFA, el acoso ideológico y la pretensión de imponer a la otra parte sus propias soluciones crecía en agresividad.¹⁹

La postura ambigua de muchos medios de masa españoles se refleja en un artículo de *El País*, publicado en diciembre de 1991 con motivo de la cumbre europea de Maastricht. Por un lado, se afirma:

La abrumadora mayoría de los alemanes [...] desean una Europa federal con un parlamento fuerte, una moneda única, un banco central y una política exterior y defensa común. En contra de lo que muchos temían, el proceso de unificación ha acentuado el europeísmo de la gran potencia centroeuropea.

Por el otro, en seguida se relativiza:

Esta fe inalienable no ha conseguido acabar con las suspicacias y los temores de sus vecinos [...] Lo que realmente asusta ahora, aunque sólo se comente por los pasillos, es ese gigante económico de casi 80 millones de habitantes, de violento pasado, que, aunque haya empezado a andar a tropezones, recuperará inevitablemente su *hinterland* y acabará por perseguir sus propios intereses en detrimento de los de los demás países de Europa occidental.²⁰

El crecido potencial alemán y las posibles apetencias alemanas a un liderazgo europeo hicieron insistir a los comentaristas en la necesidad de integrar a Alemania en las estructuras europeas. Miguel Boyer, ex ministro de Economía del primer gobierno socialista, relativizaba los riesgos políticos que pudiera conllevar la unión alemana y resaltaba más el riesgo “de una Europa caótica por el resurgir de los nacionalismos exacerbados”, junto con un desorden económico en el Este. Para la Comunidad Europea, era imprescindible que la nueva Alemania se integrara en un sistema colectivo en lo militar, en lo político y en lo económico, ya que la pregunta era “si se quiere una Comunidad Europea dominada de facto por Alemania o si se quiere una construcción institucional en la cual se someta Alemania a una serie de reglas colectivas de decisión”.²¹

Los comentaristas españoles registraron con gran satisfacción que Alemania quedaría sin una organización militar excesiva. Al comprometerse a limitar sus efectivos y a no producir armamento nuclear, biológico o químico, Alemania –según un editorial de *El País*– declaraba “una vocación pacífica que es la fundamental conclusión de todo este ejercicio: el país más fuerte de Europa es también el que se compromete a no guerrear

¹⁹ *El País*, “Temas de nuestra época”, 15-III-1990, p. 12. *Cfr.* también Zeul/Gimbemat (1990).

²⁰ *El País*, 6-XII-1991, p. 4. *Cfr.* también Portero (1990).

²¹ *El País*, 18-III-1990, p. 4.

nunca más”.²² En un “Extra” con motivo de la unificación, *El País* resaltaba que la nueva Alemania no sólo había arrinconado el proyecto comunista, sino que también había apagado el último rescoldo del proyecto prusiano. A diferencia de la Alemania bismarquiiana, centralista, militarista y luterana, la Alemania del año 1990, nació bajo las líneas maestras del sueño del año revolucionario de 1848 en Francfort. A la nueva Alemania se le atestiguaba, pues, nacer “con vocación democrática, europea y de paz”.²³

Los temores de ciertos políticos y empresarios españoles con respecto a la dimensión económica y política de la unidad alemana no fueron compartidos por la mayoría de la población española. El resultado de una macro-encuesta, realizada en febrero de 1990 en ocho países europeos, arrojó como resultado que los europeos aprobaban de manera rotunda la unificación alemana –con la notable excepción de los polacos, que desconfiaban de la nueva Alemania–. Mientras que en la propia RFA, un 80% de los ciudadanos se mostraban “muy favorables” o “bastante favorables”, las respuestas de los españoles arrojaron un rotundo 73% a favor (italianos: 78%), y sólo el 6% estaba, de alguna manera, en contra.²⁴

Resumiendo, se puede decir que el público español estaba mucho menos molesto con la unificación alemana que ciertos representantes de la clase política española, ante todo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. En la opinión pública se podía apreciar admiración por la pacífica y rápida revolución popular en la República Democrática Alemana, pero también distanciamiento bastante explícito frente al modo de la unificación que era caracterizado como anexión.

Los dos aspectos más comentados eran los probables problemas económicos resultantes de la unificación y la hegemonía política alemana en Europa. En cuanto a los aspectos económicos, el gobierno español estaba inquieto por las repercusiones de la unificación sobre la Unión Monetaria de la Comunidad Europea y por el futuro de los fondos de ayuda regional de la Comunidad.

Pero ya un año después de la unificación se notó que ésta no tuvo efectos negativos en los intereses económicos españoles, sino más bien al contrario. El comercio aumentó incluso considerablemente el año 1991. Años después de la unificación, la prensa española se ocupaba primordialmente de problemas sociales resultantes del proceso de unificación; se hablaba de la posición de la mujer, del paro, de las leyes sobre el aborto, de la radicalización de una parte de la población, de racismo y extremismo, de falta de comprensión entre Este y Oeste. Los problemas de la Alemania de los años noventa eran descritos por el comentarista de *El País* de la siguiente manera:

Si miran hacia el Este, los alemanes se encuentran con que sus vecinos los observan, pese a los resabios históricos, con la esperanza de que les ayuden a salir del pozo en que les han sumido décadas de dictadura comunista. Si vuelven la cabeza hacia Occidente, pese a su impecable comportamiento durante las últimas cuatro décadas, descubren a unos vecinos desconfiados y temerosos de una nueva Alemania expansionista. Lo trágico es que ni unos ni otros acaban de entender que los alemanes se están mirando a sí mismos. Su gran problema

²² *El País*, 14-IX-1990, p. 12.

²³ *El País*, “Extra”, 3-X-1990, p. 1.

²⁴ *El País*, 19-II-1990, p. 5.

es atravesar el proceloso mar en que les ha embarcado el proceso de unificación; más complejo, peligroso y potencialmente desestabilizador de lo que el resto del mundo cree.²⁵

En cuanto a los aspectos políticos, lo que interesaba a los españoles era la cuestión de si la unificación alemana ayudaba a la unificación europea o la entorpecía. Hoy se puede decir que la unificación alemana ha contribuido decisivamente a la unificación europea; los posibles temores ante una “Gran Alemania” se han diluido, las relaciones tanto políticas como económicas entre España y Alemania no se han deteriorado por la unificación, sino todo lo contrario. Para los dos países, los hechos históricos de los años 1989 y 1990 han sido, pues, de gran provecho.

Observación final

La historia más reciente de Alemania y España muestra, en el campo de sus relaciones bilaterales, una situación bastante singular en Europa: aparentemente, los dos Estados no tenían un contencioso que dificultara u obstaculizara el buen curso de sus relaciones. Por eso, Alemania no tenía reparos en apoyar decididamente el proceso de transición en España, y lo hizo también porque un sistema moderado de parlamentarismo liberal equivalía a sus propios intereses, tanto políticos como económicos. Ya desde muy temprano, la socialdemocracia alemana (y la Internacional Socialista) se decantó por apoyar, en el espectro político español de la época, a los socialistas españoles influyendo en que éstos prescindieran del marxismo y adoptaran una posición socialdemócrata. En su resultado final, la política alemana puede ser caracterizada de muy exitosa.

En cuanto a la postura española frente a la reunificación alemana, la perspectiva de una “gran” Alemania unida despertó temores explicables, no tanto de índole militar ni en el sentido tradicional de hegemonía política, sino por la dimensión acrecentada de su papel en la Comunidad Europea, en la OTAN y en la Europa hasta hace poco socialista. Ahora bien: el gobierno español, bajo el liderazgo del socialista Felipe González, no dudó en apoyar decididamente el proceso de reunificación. España no veía con la misma prevención que los estados centroeuropeos el hecho y la rapidez del proceso de reunificación. Hubo cierta inquietud por parte del gobierno español, que se centraba fundamentalmente en dos cuestiones: la primera era que la unidad alemana no perjudicara a la Unión Monetaria europea; y el segundo motivo de preocupación era que el ingreso de la RDA, al formar parte de la RFA en el Club de los Doce, no supusiera una desviación hacia Europa Central de los llamados fondos estructurales que España quería seguir recibiendo de Bruselas. En ambos casos, los temores españoles eran infundados.

Bibliografía

Akten zur Auswärtigen Politik der Bundesrepublik Deutschland 1975, t. 2, München 2006.
Álvarez de Toledo, Alonso (1990): *En el país que nunca existió. Diario del último embajador español en la RDA*. Barcelona: El Aleph.

²⁵ *El País*, 3-11-1992, p. 4.

- Areilza, José María de (1977): *Diario de un ministro de la monarquía*. Barcelona: Planeta.
- Baczyk, Daniel (1989): “Die Zusammenarbeit von SPD und PSOE in der Phase der Demokratisierung Spaniens. Transnationale Partebeziehungen im Demokratisierungsprozeß”. Manuscrito no publicado.
- Bernecker, Walther L./Oehrlein, Josef (eds.) (1991): *Spanien heute. Politik. Wirtschaft. Kultur*. Frankfurt am Main: WBG.
- Donges, Jürgen B. (1990): “Reflexiones sobre las dos economías alemanas”. En: *Política Exterior*, 4, 14, pp. 71-84.
- Gillespie, Richard (1991): *Historia del PSOE*. Madrid: Alianza Editorial.
- González; Felipe (1982): *Un estilo ético. Conversaciones con Víctor Márquez Reviriego*. Barcelona: Argos Vergara.
- Harnisch, Ellen (1984): “Die Politik der SPD zur Sicherung bürgerlich-parlamentarischer Herrschaftssysteme in Portugal und Spanien (unter besonderer Berücksichtigung des revolutionären Prozesses in Portugal)”. Tesis doctoral inédita.
- Herrero de Miñón, Miguel (1990): “Reunificación alemana e inseguridad europea”. En: *Revista de Occidente* 110/111, pp. 29-46.
- Juliá, Santos (1997): *Los socialistas en la política española, 1879-1982*. Madrid: Taurus.
- (dir.) (1986): *El socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975*. Vol. 1, Madrid: Fundación Pablo Iglesias.
- Lehmann, Ines (1990): “Alemania: ‘una, grande, libre’? Spanische Reaktionen auf die deutsche Vereinigung”. En: *Tranvía* 19, pp. 55-58.
- Morán, Fernando (1990): *España en su sitio*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Muñoz Sánchez, Antonio (1997): “Relaciones entre el SPD y el PSOE durante la transición política española”. Memoria de investigación del Tercer ciclo, presentada en la Universidad de Oviedo.
- (1999): “Aportación al estudio de la influencia de los factores internacionales en la transición democrática española: la política de la República Federal de Alemania hacia la península Ibérica en los años setenta”. En: *Memorana*, 3, pp. 55-67.
- Ortuño, Pilar (2001): *European Socialists and Spain. The Transition to Democracy, 1959-1977*. Houndsmill: Palgrave.
- Pereira Castañares, Juan Carlos (2004): “El factor internacional en la transición española: la influencia del contexto internacional y el papel de las potencias centrales”. En: *Studia Historica*, 22, pp. 185-224.
- Pinto-Duschinsky, Michael (1991): “Foreign political aid: the German political foundations and their US counterparts”. En: *International Affairs*, 67, 1, pp. 33-63.
- Portero, Florentino (1990): “El nuevo orden europeo y la cuestión alemana”. En: *Política Exterior*, 4, 14, pp. 115-124.
- Powell, Charles T. (1993): “La dimensión exterior de la transición española”. En: *Afers Internationals*, 26, pp. 37-64.
- Schmidt, Helmut (1991): *Menschen und Mächte*. München: Siedler Verlag.
- Statistisches Bundesamt (1991): *Länderbericht Spanien 1991*. Wiesbaden: Metzler/Poeschel.
- Zeul, Mechthild/Gimbemat, José Antonio (1990): “El porvenir de una nación (Consideraciones políticas y psicoanalíticas acerca de la unificación alemana)”. En: *Revista de Occidente* 110/111, pp. 49-62.